

Instantáneas y Circos

Cospel

Samuel Soto. Ril Editores, Santiago, 1998, 41 páginas.

Evocaciones de un Dios Cansado

Bernardo Chandra Fica. Mercado Negro, Santiago, 1998, 73 páginas.

por Jessica Atal

NO es raro que cuando el lenguaje poético se ha llevado al extremo en cuanto a los límites de la experimentación, surjan manifestaciones contrarias que cuestionen su capacidad expresiva. Es lo que nos sugiere la obra *Cospel*, del chileno Samuel Soto, nacido en 1964, quien escribe versos de corte narrativo con cierta distancia inquisidora y respeto vanguardista, "en palabras huérfanas de diccionarios", en un tono que fluye cauteloso, sin querer avasallar.

Estamos ante un caballero del lenguaje que antes de imponer forma o contenido, prefiere sólo insinuar. Y lo hace comenzando desde los propios títulos de cada uno de sus poemas: todos van entre paréntesis, como si nada realmente estuviera dicho. O si se dice, es al menos manifestando el carácter provisorio o prescindible de los enunciados. "El nombre que puede nombrarse no es el verdadero nombre", son palabras de TaoTeh King que aparecen citadas en *La nueva novela* de Juan Luis Martínez, autor con el que Samuel Soto comparte cierto aspecto lúdico e irónico. En este sentido, dice: "La voz, que no es una verdadera voz", aludiendo también a la ambigua relación entre la palabra que nombra y la esencia del objeto nombrado.

Esa misma sutileza que observamos en sus versos está presente en pequeñas escenas en prosa —un hombre sentado frente al televisor o el diálogo de dos amigos sobre unos escritos, entre otras—, muy siniécticas y precisas, que aparecen intercaladas entre los poemas como imágenes sueltas, fugaces de la vida, pero que despliegan infinitas alusiones al mundo infernal y desolado del ser y la sociedad actual. Aun cuando se trata de una escritura compacta, la obra de Soto nos cuenta historias dentro de otras historias. O, simplemente, pedazos de historias, intentando sólo el «Final» o unos «Juegos».



Samuel Soto no entrega visiones de mundo acabadas, sino unas «instantáneas familiares de su infierno particular», consciente de la fragilidad del instante y la palabra. Los versos hablan «(Del hombre invisible...)», «(Del sujeto ausente)», dándonos la sensación de algo inconcluso o tentativo. Lo mismo ocurre con la «(Aproximación a un libro)» que "... se perderá entero dentro del incendio" o con una mañana que se cansa "en botar palabras a la amnesia". En la negación está la afirmación, en la oscuridad la luz. Hay algo de aquella poesía que se quiere hacer sin palabras, en silencio, sin siquiera estar: "si no hablas ni siquiera para tí el círculo estará cerrado".

Nos recuerdan estos versos a T. S. Eliot preguntándose: "Do I dare/ disturb the universe?". La crítica (social), como no queriendo alterar ningún orden, es indirecta. Pero, en el fondo, la carga emocional es tanta que finalmente paraliza. Así, en «(El mundo más allá de esta silla)», Soto escribe: "Déjame aquí en la puerta/(...)/ Quiero contemplar cómo se pudren las flores". Sólo contemplar. Sin participar activamente a pesar de estar impregnado hasta los huesos. Porque también aquí se advierte un universo allá afuera, que "se arma y se desarma" entre tostadas y tazas de té, hasta que "las aguas lavarán la cara de estos tiempos", de "...lo que soy, esta materia mentida". Mientras tanto, ¿vale la pena nombrar el universo o estos tiempos o lo que soy o no soy? ¿Serán los "nombres" acaso perfectos? ¿Alcanza el lenguaje a aprehender la realidad?

La poesía de Samuel Soto tiene el don de la humildad, logrando mantener la emoción en suspenso. O suspendida... Es un poeta de la imagen y de la imaginación que, si bien se sustenta en un lenguaje al que él mismo no le tiene mucha fe (sólo el "hombre invisible" es perfecto), la deja recorrer libre los parajes de una poesía que es transparente y, a la vez, tan nítida.

Bernardo Chandra Fica, nacido en 1965, nos presenta, en cambio, una relación más armoniosa —si

bien no carente de un tono elegíaco— con la realidad. El poeta escribe: "Toco las palabras, las entrego". Hay una compenetración intensa, aunque los versos por sí solos sean a veces un tanto débiles: "rasguñé la tierra buscando tus ojos, (...) oli las flores, acaricié animales/ amé a los hombres". Se recrea la vida y el mundo concreto siendo partícipe: "El firmamento es feliz porque nosotros lo hacemos existir". Presenciamos bailes, música, amor, pero también soledades que, sin embargo, "dejan de ser amargas". La vida se acepta tal cual es, incluso la rabia es valiente porque le recuerda al poeta "que soy digno para seguir viviendo".

Ya no estamos ante la complejidad de Eliot, sino frente a una postura más simple que nos recuerda cierto idealismo rilkeano... Un hombre anhelante de Dios, de "ese Dios que otrora calmaba el hambre/ y mantenía fresca la boca". Porque si la naturaleza existe sólo en cuanto el hombre le da vida, el hombre existe sólo en Dios y por Dios, aunque sea, en este caso, un "Dios cansado".

Uno de los más notables poemas de Chandra es «El Circo», una larga metáfora de la vida donde presenciamos "incluso el nacimiento y el sexo" entre todas las posiciones. En versos melódicos, se recrea la evolución del hombre hasta el número estelar de la muerte. Y, en el entretejo, la poesía: aquella que "ha enseñado que la oscuridad tiene luz propia". Porque, como escribió Rilke, "tan sólo el poema sobre la tierra consagra y glorifica".

Instantáneas y circos [artículo] Jessica Atal.

Libros y documentos

AUTORÍA

Atal, Jéssica, 1964-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Instantáneas y circos [artículo] Jessica Atal. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile